



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

JACINTO LABAILA



Distinguido literato
que trabaja y vale mucho,
y ha traducido las obras
completas de Víctor Hugo.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Al Abate Pirracas, por Eduardo Bustillo.—Desde el 15 de Agosto..., por Juan Pérez Zúñiga.—Palique, por Clarín.—El sueño de una noche de verano, por José López Silva.—Sensiblería, por Sinesio Delgado.—Teatro cómico, por Federico Montaldo.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Jacinto Labaila.—Piropos.—Anuncios, por Cilla.



Con motivo de la entrada de los caletes en Madrid, la gente se lanzó á la calle para admirar la gallardía de los futuros héroes.

En Recoletos y el Prado había bellísimas jóvenes, y entre ellas alguna enamorada hasta la hipérbole de un chico alumno, moreno, ojoso, con la barba negra y la mirada mortecina.

La fuerza armada hizo alto, y dieron principio las expansiones de familia. Las mamás besaban á sus hijos; los hermanos estrechábanse con efusión; los amigos se comunicaban por medio de apretones de manos. Las novias... las novias devoraban con los ojos á sus novios respectivos. Estaban en presencia de una multitud de curiosos que espía sus menores movimientos, y no era posible entregarse á los trasportes de la pasión. Así y todo, alguna joven enamorada no pudo contenerse, y se agarró á la carabina de un alumno, diciéndole á media voz:

—Cuida de que no se te dispare, Bonifacio mío.

—No temas, Felipa.

Todos los que tenían aquí relaciones de parentesco, ó de amistad ó de corazón, eran obsequiados con yituallas más ó menos apetitosas. Una mamá entregaba al hijo de su corazón el dulce pastelillo de crema, la rica loncha de pavo trufado ó el succulento trozo de jamón en dulce; otra mamá, no menos cariñosa, introducía en el morral del tierno Marte la tan acreditada tortilla de patatas ó el rico chorizo de la Rioja. Cierta niña, pura como un ángel y bella como una sonrisa de Pepito Carulla, se acercó á su novio con cierto disimulo, diciéndole al oído:

—Toma, mi bien.

—¿Qué me das?

—Una raja de merluza envuelta en pelo mío, para que te comas la una y te guardes el otro, ó viceversa.

Las tropas habían bajado á recibir á los alumnos, y éstos hicieron el desfile con la marcialidad y la gentileza de los verdaderos soldados españoles.

Á nuestro lado se hallaba un teniente coronel retirado y su señora, que no hacían más que suspirar:

—Vámonos—decía ella;—no me gusta verte aquí, en traje de paisano, sin que te saluden los oficiales con la espada, ni te guarden la consideración de jefe. ¡Qué diferencia de aquellos tiempos en que mandabas cazadores de Barbastro! ¡Qué batallón aquél! ¡Te acuerdas del cabo de gastadores, que pesaba noventa y siete kilogramos corridos?

El teniente coronel suspiraba, pensando en otros días mejores; por ejemplo, cuando él iba á caballo, al frente de su batallón, llevando á la derecha al cornetín de órdenes, y podía, á su antojo, mandar todo lo que se le antojara.

—Cornetín, toca alto.

—Cornetín, toca marcha de frente.

—Cornetín, ráscame esta pantorrilla.

Ahora el teniente coronel pasa inadvertido y ve desfilar á sus antiguos subalternos sin que le dirijan un saludo ni paren la atención en aquella perilla venerable. De pronto lanza una blasfemia, hiere con el tacón el duro pavimento y dice con furia reconcentrada:

—¡Qué escándalo!

—¿Cuál?—pregunta la teniente coronela.

—¿Conoces á ese brigadier?

—No recuerdo...

—¿No te acuerdas de un teniente sencillo de cazadores de Baza que sabía hacer juegos de manos y magnetizaba al asistente?

—¡Ah, sí!

—Pues ahí le tienes hecho todo un señor brigadier... ¡Qué país!

—Bueno, pero ya sabes que él tenía un tío pianista y era maestro de solfeo de Martínez Campos.

—Cuando veo estas injusticias, no puedo contenerme. ¡Pensar que yo me he retirado de teniente coronel, con tres heridas mandando sangre, como quien dice, y otros son hoy brigadieres nada más que por la influencia!

—Cállate, Iturriaga, que te pueden oír.

—Que me oigan. Aquí no hay más que favoritismo, y el verdadero valor no se premia.

—Tiene razón este caballero—dijo yo.

—Mire usted—añadió el teniente coronel encarándose conmigo,—yo hice toda la campaña de Cuba y tuve el vómito tres veces, y si no hubiera sido por una negra, á estas horas estoy en el otro mundo, más fijo que el sol; porque la negra me puso boca abajo ¿sabe usted? hasta que arrojé todo; y aún no me había curado completamente, cuando salí á operaciones y me hirieron en tres partes distintas, por lo cual se me propuso para el ascenso; pero en la dirección echaron abajo la propuesta.

—Con éste hicieron una picardía—dijo la teniente coronela,—y todo vino del odio que nos tomó un comandante de nuestro regimiento, porque estaba casado con una vizecaína muy ordinaria, y yo no la pagué la visita. Después, á él le destinaron á la dirección y todas las propuestas de éste las guardaba en el bolsillo del gabán y luego en su casa las rompían entre él y la pícara de la mujer; y esto lo supimos por un asistente que nos lo dijo en confianza.

—¡Lo mismo que darme á mí el retiro! ¿Le parece á usted que no estoy todavía en aptitud de mandar un regimiento? Dicen que tengo reuma articular, ¿y sabe usted por qué lo dicen? Porque cojeo un poquito; pero no es á causa del reuma, no señor; es que estando en Vich, destacado, me mordió el capellán en esta pantorrilla, porque se nos volvió loco en el cuarto de banderas, jugando al monte.

Mientras el teniente coronel refería sus desventuras y se desataba en improprios contra los gobernantes, las señoritas aficionadas al ejército clavaban sus dulces ojos en la oficialidad y algunas suspiraban, como diciendo:

—¡Ay! ¡Qué feliz sería yo unida en estrecho vínculo con ese capitán!

Entre la multitud de curiosos que invadía el Prado, figuraba D. Crispín, un papá amoroso que lleva á su hijo Crispinito á todas partes, y dice á cualquiera de los que están en primera fila:

—Caballero, hágame usted el favor de dejar que se coloque este niño delante de usted, para que vea pasar á la tropa. Le gusta mucho.

Con pretexto del niño, D. Crispín consigue colocarse siempre en sitio de preferencia y después gruñe.

—Hombre—dice á lo mejor,—tenga usted cuidado con las rodillas, que ha tropezado con mi niño. Señora, retire usted ese abanico, que va usted á darle en la cabeza á esta criatura. ¿Lo ves bien, Crispinito? ¿Quieres que te suba?

—Yo quiero una corneta—grita el chico.

—No puede ser, cielín; toma mi bastoncito.

—Yo quiero la corneta de ese soldado.

—Te he dicho que no puede ser.

—Pues yo la quiero... ¡Ji... ji... jil...

Y Crispinito comienza á berrear agarrado á las piernas de su padre, que tiene que cargar con él, en medio de la rechifla del público.

—Hombre, déle usted la cornetita—dice un guasón.

—Pídale usted el plumero al capitán general, para que se divierta la criaturita—dice otro.

D. Crispín, con el chico en brazos, abandona aquellos sitios, diciendo:

—¡Jesús! ¡Qué gente más ordinaria! ¡Cómo se conoce que no son padres!... Crispinito, desprécialos.

En fin, que la entrada de los cadetes nos ha proporcionado asunto para una crónica.

LUIS TABOADA.

AL ABATE PIRRACAS

Tú, que manejas la espada
y enristrar la pluma sabes
y ahora luchas por Talfa
en largos ocios de Marte,
y, si al sol eres soldado,
con la luna eres *Abate*,
sin dejar de ser guerrero
entre damas y galanes:

Tú que, en nocturnas tareas
de críticas teatrales,
ni te corres con mentiras
ni te paras en verdades,
ni has de mirar de tus lentes
al través de los cristales,
ni lo amigo en el que escriba
ni lo hermoso en la que cante:
oye un aviso de viejo
que, por ser de viejo, vale,
si has de ir ganando prestigios
en donde más te los tasan.

Merezca la Cayetana
que en público la señales
entre coristas que Apolo
luce bajo sus telares.

Encamínala á la gloria;
que hoy hallar el rastro es fácil
y, si buena nariz tiene,
ella llegara á encontrarle;
que chatas hay, si graciosas,
que del coro fueron parte
y al fin cantaron solitas
siendo su fortuna *el cante*.

Pues bien, Pirracas querido,
soldado á un tiempo y *Abate*:
por esa cruz de tu espada,
que en guardia esté contra *el sable*,
te conjuro á que renuncies
á finas intimidades
con Cayetanas, Marías,
Antonias, Pepas y Cármenes,
Julios, Emilios, Enrique
y otros mil nombres que el arte
tiene ó tendrá señalados
en sus largos santorales.

Mira que sobre ese foso
donde no caen nulidades,
siempre espera la soberbia
que la fabriquen altares.

Y ella te toma por justo
cuando tú por gracia aplaudes,
y en hiél habrá de escupirte
la censura que le amargue.

Mira que no eres tan fiero
como en *El Herald* sales,
y que á tí, cubano, el mimo
como guayaba te sabe.

De saloncillos te aparta
y á *camerinos* no pases
tú que, á cambio de mentiras,
no sacrificas verdades:

Y, por Padilla soldado,
y crítico por *Abate*,
de *sablistas* del elogio
espada y pluma te salven.

EDUARDO BUSTILLO.

DESDE EL 15 DE AGOSTO...

Las nuevas ordenanzas municipales
contienen mandamientos trascendentales,
y si en ello se empeñan nuestros ediles,
viviremos dichosos en los Madriles.

No habrá mendigos sueltos, ni amontonados,
porque van á ser todos enchiquerados,
y según las versiones más optimistas,
se va á hacer eso mismo con los sablistas.

Impedirán las leyes municipales
que se vendan besugos artificiales
y embutidos de lomo de franciscano
y la leche de bicho que no esté sano.

El vino será puro, sin compostura,
y el agua que le añadan será agua pura,
y á todo panadero se le castiga
como al pan no le ponga corteza y miga.

En las carnicerías, toda res muerta
será colgada dentro; pero en la puerta
no habrá carne de vaca ni de carnero;
sólo estará la esposa del carnicero.

No tocarán bocinas los vendedores
de petróleo, que asustan á los señores;
por lo tanto, si alguno quiere gastarlo,
cuando huela á petróleo, baje á comprarlo.

No echarán las criadas por los balcones
la basura que saquen de los rincones,
y todo el que estornude, si está asomado,
lo hará siempre hacia dentro, por de contado.

A las desventuradas caballerías
que tiran de los carros y los tranvías,
lejos de darles palos y echarles flores,
las tratarán con mimo los conductores,
y les dirán: «Amigas, llegó la cuesta;
conque no andéis de prisa, si es que os molesta.»

Llevarán sus medallas y sus bozales
los perros y los guardias municipales.
Y atendiendo á la higiene, como debemos,
todas nuestras viviendas ensancharemos,
pues las hay tan pequeñas (y esto no es guasa)
que hay quien vive en cuclillas dentro de casa.

Conque ya ustedes saben, pues les conviene,
cómo en el mes de Agosto, que pronto viene,
nos van á hacer felices á los mortales
las nuevas ordenanzas municipales.

JUAN PÉREZ ZUÑIGA.

PALIQUE

La muerte de D. Manuel Silvela ha causado varios *vacíos* de esos *diñiles de llenar*, no por nada, sino por *l'embarras du choix*, por las intrigas y rivalidades que surgirán para reemplazar al difunto en la Academia Española, en el Senado, si era senador, que

creo que sí, y en los demás puestos que sin duda ocuparía el mayor de los Silvelas.

Yo me he propuesto no decir jamás palabra mala de los escritos que mueren, muy al revés de lo que hacen otros, verbi gracia, D.^a Emilia Pardo Bazán,

que sabe quitar la piel,
si le encuentra muerto, á un can,
y cuando vivo, huye de él.

Y lo digo por Velarde y Cañete, sin ir más lejos. Los cuales se habrán muerto queriéndome á mí bastante mal y á D.^a Emilia muy bien.. y después ¡ya han visto ustedes que responsos les cantó! D. Manuel Silvela era listo, y en tiempos en que Selgas pasó por un filósofo de estilo cortado, no es extraño que Velisla fuera tenido también por una lumbrera joco-seria.

En fin, miserias del año sesenta y tantos, de la época en que, como tengo dicho varias veces, por poco se vuelven tontos todos los españoles. A Dios gracias, algunas docenas se libraron de la peste.

De todos modos, Velisla, repito, tenía ingenio, cierta gracia en la pluma, era hombre culto, según dicen los que le trataron, amable, cortés...

Dios le haya acogido en su seno.

Pero no se trata de eso.

Se trata de declarar que el difunto no es responsable, ni en poco ni en mucho, de las atrocidades apologéticas que los periodistas, más ó menos bachilleres, hayan podido decir con ocasión del entierro del *atildado* académico, como le llama un revistero fúnebre. ¡*Atildado!* Fijense ustedes bien en la palabra; repítansela en voz alta varias veces, y acabarán por confesar que llamarle á uno atildado, así, á secas, y como si fuera una gracia, es ponerle en ridículo. Porque ¿quién es el hombre que se contenta con haber venido á este mundo para ser atildado?

No sé si D. Julio Nombela (también *eminente* allá por el año sesenta y tantos, el *siglo* de Salvador López Guijarro, como si dijéramos), no sé si D. Julio será hombre con ó sin tildes; pero sí juro que es bastante mal intencionado en sus literaturas y correspondencias y que pone la pluma que es un dolor.

Véase la clase:

«D. Manuel Silvela y el duque de Fernán Núñez figuraban en el reducido número de esas individualidades á quienes todo el mundo quiere, cuyas alegrías y pesares interesan aun á los que no los tratan, y á los que se desca todo género de venturas.»

Usted, Sr. D. Julio, hable por sí, y no ponga á los demás en un compromiso. Yo quiero á todas las *individualidades* del mundo, y si esas individualidades son prójimos, más todavía; yo desco todo género de venturas á cuantos seres son capaces de ventura, á usted mismo, Sr. Nombela, si es capaz de gozar con algo un hombre que escribe tan mal; y no le quiero á usted por lo individual, sino porque todos somos hermanos, aunque parezca mentira. En cuanto á interesarme por las alegrías de Silvela y Fernán Núñez, así, de un modo particular... francamente, no. Y si va usted á contar, la inmensa mayoría de los humanos estará en mi caso.

«Con el primero desaparece el último (¿eh?) representante (¡ah, vamos, era un *juego* de palabras!) de aquellos hombres de Estado á lo Chateaubriand; á lo Talleirand (!), á lo Metternich (!!), de profunda ciencia, de claro talento, de ingenio chispeante, de *basta* (así dice) erudición, de amenísimo trato y de una corrección (?) y elegancia superiores.»

Como usted ha dicho «D. Manuel Silvela y el duque de Fernán Núñez,» resulta que el *primero* es Silvela. ¿Tan Metternich era Silvela, hombre?—¿Que no, que se ha equivocado usted, y el *primero* es el *último*, esto es, el duque de Fernán Núñez? Bueno, pues entonces, ¿tan Chateaubriand era el duque?—Y ni el duque ni Silvela se parecen mucho, que yo sepa, á Talleirand.

¿Que eran de corrección superior? Serían. A punto fijo yo no sé lo que usted quiere decir con lo de corrección. Lo de la elegancia si lo entiendo. ¿Le consta á Nombela la elegancia de Silvela y la elegancia de Chateaubriand? Y además, ¿es serio recordar á los hombres de Estado por elegantes? ¿Qué deja usted para los pisaverdes?

Sigue hablando Nombela de Silvela, y dice que... «los nobles sentimientos que *latian* en su corazón y se manifestaban en sus actos acababan por inspirar una verdadera *adoración*...»

¡Pero, hombre, eso ya es fetichismo!

Digamos con el poeta, sobre poco más ó menos:

¡Dios mío, qué mal acompañados
se quedan los muertos!

* *

Pues este D. Julio Nombela que escribe así, y peor si le apuran, ha sido en las olimpiadas de D. Salvador López Guijarro un *gran humorista y novelista y ensayista*.

¡*La Epoca* le daba cada bombol!

Y no se quedaba corto el mismo Nombela al elogiar á sus colegas... Recuerdo unos *retratos á la pluma* que publicó en *La Epoca*, de los cuales resultaba que eran unos genios muchos caballeros que hoy á duras penas serán jefes de negociado incógnitos...

¡Qué tiempos aquellos del año sesenta y tantos!

¡Y cómo se les van pareciendo éstos del noventa y pico!

Yo, lo que López Guijarro, probaba otra vez á ser notabilidad...

Aunque fuera tiñéndole el pelo al humorismo.

CLARÍN.

PIROPOS

SIGLO XVII



—Si fuera conde y saliérede como el conde al campo sale, traería doscientos moros para que vos los pisáredes.



—Con haberos descubierto más habéis perdido vos, pues me habéis muerto de cierto, y daréis cuenta del muerto a la justicia de Dios.



—Vuelva usted por acá en cuanto deje ese bulto, joven, que tengo que decirle a usted cuatro cositas al oído izquierdo.

EL SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO

(FANTASÍA)

—¡Matías! (Pausa.) ¡¡Matías!!
¡Condénalo! ¿Quié dispertar,
ó vas á tenerme toda
la noche desazona?
¡¡Pero Matías!!... ¡Rediós,
qué manera de soñar!
Vaya, que quites la mano
si quieres dejarme en paz,
so pesao...

—¿Quién grazna ahí?
—¡La Santísima Trinidad!
¡Vamos! ¿te espabilas?

—¡Hombre!...
¡Si no fueras porque estás
laxtando á esa criatura,
y porque yo sé guardar
ciertas consideraciones
pa con tu seso... ¡mialás!
te daba los santos óleos
con una alpargata!

—¡Quia!
—Está soñando uno cosas
que tienen pa uno la mar
de atrativos, y sin que uno
se meta con nadie, vas
y le cortás á uno el hilo
de pronto en lo prencipal.
—Si no acionaras...

—Aciono
porque hace falta acionar,
y porque uno cuando sueña
no se da cuenta de na
y obra siempre sin saber
si obra bien ó si obra mal.
—¡De fijo que habrás soñado
alguna barbari laz,
como acostumbras!

—Asuntos
de política, verás:
salía yo de afeitarme,
por una casualidaz,
de en casa de ese barbero
de la calle del Grafal,
cuando de pronto noté
que me daba por detrás
un hombre; conque volví
la cabeza pa mirar
y me encontré cara á cara
con Manolo, *el Federal*,
que fué y me dijo al oído
con la voz entrecortá:
«¡Ya se ha armao la gorda!» y esto
lo has debid. tú notar,
porque en cuanto que lo dijo
prencipié yo á dar patás
de sastifación y...

—¡Bue-o,
déjame dormir en paz,
que no estoy pa sinfonías!
—Pues señor, que luego va
Manolo y me dijo, dice:
«¡Estás armao?» A lo cual
yo le contesté: «¡Pa chasco!»
y él me contestó: «¡Pues na:
sí es que tienes lao izquierdo
y amas á Pi de verdaz
y á la coalición, arrea
pa alante, que hay que tomar
ahora mismo el menisterio
de Hacienda y la casa real,
entre yo, tú y otros cuantos
sujetos de autoridaz
y prestigio, como son:
Antolín *el Carrascás*,
el Pocho, el Filimoquete,
el Escacharrao, Julián
y el Cascucia y el Guillamen
y catorce ú quince más
de este tenor; es decir,
personas de aztividaz
y con menudillos.

—Hombre,
yo no quisiera faltar
á la toma, pero ocurre

que hay una dificultaz
pa el caso,» le ojeté yo,
y él me preguntó que cuál.
«Que no he cenao entoavía
y tengo debilidad
en los órganos.» Entonces
levantó un remo de atrás
y me dió en la rabadilla,
ú hablando con propiedad
en el hueso dulce, y dijo:
«No té quisiera faltar,
Matías, pero pa mí
que tú eres un charlatán
y un marrano que no tiene
valor cívico ni na,
ni sabe lo que es decoro
ni pazto bilateral.

—¡Me se figura! —¿No dices
que aprecias á Pi y Margall,
y que eres sinalamático,
y que hace falta cortar
muchas cosas, con ojecto
de que haiga fraternidaz?
—¿No estás por la antonomía
del municipio, y no vas
presumiendo de que tienes
forro y enjundia? —¡Verbal!
—¡Tú qué has de tener, magoy!
—Eso se prueba, y en paz.

—¡Mentiroso!» Reasumiendo:
que Manolo, *el Federal*,
me tocó precisamente
la parte más delicá
de mí ser, que es lo que llama
too el mundo la diznidaz
del ciudadano; que á mí...
me supo esta acción muy mal,
así al pronto, y que le dije
con la sangre más quemá
que el carbón de coke: «Mira,
ya estamos diendo á tomar
ahora mismo el menisterio
de Hacienda y la casa real,
pa que veas que los órganos
me se importan á mí na
diciendo que se me ofende
de cierto modo.» Total,
que fuimos hacia palacio,
y cuando íbamos á entrar
la ensuciamos, porque estaba
la guarnición prepará
y nos dijo un centinela:
«¡Alto! ¿Quién vive?» A lo cual
fué y le contestó Manolo:
«¡¡Viva Rispa y Perpiñá!!»
Conque entonces suena un tiro,
se cae Manolo hacia atrás,
mortalmente muerto; sale
toda la guardia á tomar
parte en la acción; yo me atufó,
como era lo natural,
y prencipio ¡pum! ¡pum! ¡pum!
y no queda un melitar
mas que el jefe; pero al jefe,
que estaba amilanao ya,
me le agarré de los pelos
y fué y empecé á tirar
con rabia... cuando de pronto
me distes la manotá
en el brazo, que si no
me cuelo en la casa real
y proclamo la república
con la primer suavidad,
y voy y te hago azafata.
¡Pero chica!... ¡Pues no está
roncando como un ceporro!
¡Anda, qué casualidaz!
¡Y sueña también!... ¡Tú, Braulia,
á ver si te quiés callar!

J. LÓPEZ SILVA.

SENSIBLERÍA

Fumaba tranquilamente
sentado en un confidente...
de mi pasión volandera,

esperando á que volviera
la dulce inquilina ausente.
Era guapa, tentadora,

vivaracha y seductora
con esa gracia mentida
y estudiada, que en seguida
nos seduce y enamora.

Yo, que siempre fuí celoso
y no pude ser dichoso
con el amor repartido,
la había puesto aquel nido
para amarla con reposo.

Nido que era mi consuelo;
una parodia del cielo
hecha por Luzbel acaso,
con colgaduras de raso
y alfombra de terciopelo.

Suave calor me envolvía;
en la chimenea ardía
tranquila y plácida hoguera.
Llovía á cantaros fuera,
y... mi dueño no venía.

La imaginación en tanto
iba rompiendo el encanto
de toda aquella riqueza,
pensando en que su belleza
tal vez no valía tanto.

Y vinimos á parar
en que lucir y gastar
con semejante majer
no era ni podía ser
decente ni regular.

—¿No era un crimen, un horror
olvidarse del dolor
de tantos y tantos seres

para dorar los placeres
momentáneos del amor?...
Total, que de esta manera
huí de la madriguera
con el rubor en la cara,
decidido á que se hallara
solita cuando volviera.

Salí. La noche era fría
y el agua helada caía
con constancia abrumadora.
Una pobre vendedora
me ofreció su mercancía.

Tenía en brazos dormido
un niño recién nacido
á quien negó la fortuna
calor, alimento, cuna...
¡lo que sobraba en mi nido!

Sentí pena, desconsuelo...
De pronto pensé que el cielo
me la había puesto al paso.
La llevé al nido de raso
con muebles de terciopelo.

Y gozando grandemente
con el asombro creciente
de la mujer sorprendida,
que me miraba aturdida
como se mira á un demente,
di un beso al chiquillo. Lu ego
puse un colchón junto al fuego
y dije á la vendedora:

—¡Acuéstele usted, señora,
que si ésa vuelve, la pego!

SINESIO DELGADO.

TEATRO CÓMICO

EL MONÓLOGO DEL CRÍTICO INCIPIENTE

Ya no lo pienso más; quiero ser crítico, y lo seré, caiga el que caiga. No me da el naípe por lo original, por *crear*, como dicen pomposamente los autorcetes; ca la una de mis tentativas en este sentido ha sido un lamentable fracaso; lamentable para mí, naturalmente: lo único que me salió bastante bien fué aquella piececita que titulé *El sombrero de paja*, aunque luego, no sé cómo, resultó que estaba tomada, casi al pie de la letra, de *Le chapeau de paille*, del franchute aquel de cuyo nombre no quiero acordarme.

En cambio, ¡qué ojo crítico, qué oído músico, qué olfato artístico, qué gusto estético y qué tacto lírico los míos para las obras ajenas! Hago más que el bombero de *La canción de la Lola*: yo subo á la intención que tuvo el autor, yo *brujo* hasta la empresa, me *meto* con el público y *la pajo* con los cómicos. No, no hay nada ni nadie que pueda resistirme.

Verdad es que he bebido en buenas fuentes y que mis sentidos, ya de suyo despejados, se han afinado de un modo atroz con el estudio. Desde nuestros clásicos Larra y Revilla, que Dios bendiga, hasta Sarcey y Lemaitre, en nuestras noches, yo he leído con atención profunda cuanto han escrito los grandes críticos que en el mundo han sido... y son.

Algunos me encantar. Eso de dirigirse al autor poniéndole como un regalado trapo y exigiéndole estrecha cuenta por haber dejado morir á la dama en el segundo acto, cuando la lógica de Kant, la razón pura de Krause, el derecho del sabio rey Don Alonso el X y hasta la clínica médica del Hotel-Dieu, pedían que la muerte ocurriera en el acto tercero; eso no tiene precio.

¡Pues y lo de encararse con el público, y decirle: «los aplausos en la escena del envenenamiento son injustos y no tienen explicación para los verdaderos inteligentes; ¡más alto hablaría en favor de la cultura de nuestro público que éste los hubiera reservado para la del suicidio, que pasó *desapercibida*, y que es, sin embargo, la escena culminante, el *clou* de la obra!...» Esto no se paga con dinero.

Críticos hay que prefieren el desdén; y así piensan ellos, ni se ocupan, en la obra cuya crítica hacen como yo en las nubes de año; de lo que ellos tratan es de exponer ante el respetable público la opinión que tienen formada allá en su fuero interno acerca de la poesía, de la prosa, de los vestidos de cola ó de los polvos de arroz; lo que quieren es que no se pierdan en el vacío las transcendentales concepciones de su mente crítica, anteriores y superiores á todas las obras habidas y por haber. Esto tiene sus inconvenientes; pero todos los del gremio los aceptamos más ó menos desde el momento en que nos lanzamos á exponer opiniones personales sobre obras de arte que, en el mero hecho de ser teatrales y de estar al alcance de cualquiera por medio del despacho de billetes, todo el mundo puede juzgarlas sin necesidad de mentores ni de amas secas.

Se me dirá tal vez que pensando así y sintiendo, empero, arder en mi cerebro el fuego inexhausto de la crítica, podría dejar los teatros en paz y meterme á crítico ó cronista de salones. Esta otra fase del apostolado crítico exige, en efecto, conocimientos é ilustración especiales, si ha de realizarse dignamente; sin reducirse á contar en letras de molde que anoche cené en tal parte, que ayer merendé en tal otra y que mañana me llevará en coche Fulanita. Hay que conocer algo de idiomas, bastante de bellas artes y mucho de cos-

tumbres de la alta sociedad, además de ser uno simpático, ingenioso y un tanto rico *de por sí* para no resultar un gorrón pelado; pues, reuniendo todo eso, dice un día el cronista que la duquesa es mayor que su propia nicta, ó se olvida de citar las alhajas de la marquesa, ó llama huri nada más á la condesa, habiendo llamado hada á la baronesa, y adiós cenas y meriendas y paseos en coche y salones. No, y mil veces no: nada de escribir con el estómago—por él ya es otra cosa;—para *langostinos*, bastantes hay en casa de Morán.

Están poniéndose estos asuntos de teatros de tal manera que la crítica se impone; buena prueba de ello son las solicitudes que recibo, apesar de que mi firma ha corrido aún muy poco. *El Bombo*, *El Sable* y *El Alacrán Insaciable*, tres periódicos de gran circulación, me ofrecen sus columnas para que desde ellas dogmatice á mi gusto; los tres me aseguran el mismo sueldo, es decir, ninguno de los tres me da sueldo; pero no me conviene ninguno de los tres; voy á ver si me cuelo en *El Perro del Hortelano*, que, en igualdad de condiciones financieras, me da las dos butacas y puedo empezar ya luciendo me con un amigo. Para ponerme de moda en seguida me firmaré *Jai-Alai* ó *Fiesta Alegre*, ya que en el Norte, de donde nos viene la civilización, debe de haber fiestas tristes, y *poitrine à l'eau*.

Haciendo las cosas con cuidado, yo confío en que pronto tendré muchos amigos y enemigos y una reputación en los teatros que llegará desde la taquilla hasta los cuartos de las actrices; mi nombre literario tal vez no avance mucho por ese camino, quizá mis escritos no lleguen á la posteridad, ó lleguen antes de lo que yo desearía, y puede que mañana cualquier autor silbado se entretenga en hacer clasificaciones y me embarque en el furgón de cola... pero no, es imposible: he leído dos tomos de *Un monsieur de l'orchestre*...

¡Imposibles, imposibles! En último caso, en guardia; uno, dos andando; contra de cuarta al sable del contrario, y ¡zas! cuchillada de revés á la derecha de su cara. A casa, y vengan tarjetas de los amigos.

FEDERICO MONTALDO.



Ya saben ustedes que aquí hemos creado una nueva lotería para ayudar á los gastos del centenario de Colón.

Pues ahora allá va este despacho telegráfico:

«Roma 2.—Se ha autorizado la organización de una lotería á fin de obtener recursos pecuniarios para la exposición italo-americana de Génova.»

Es decir, que en todas partes cuecen décimos.

Y que no parece que se trata de honrar al descubridor del Nuevo-Mundo. Sino al inventor de la lotería de cartones.

Siendo cajero Vicente,
le tentó sin duda el diablo,
y huyó llevando consigo
un taloncito del Banco.

Fué tras él la policía,
pero se cansaba en vano,
porque con sus tres talones
corría mejor que un galgo.

Un anuncio:

«Las personas activas emplearán honradamente el tiempo y ganarán mucho dinero. Informa gratis, etc. etc.»

No, no hay para qué informarse. Ya lo había dicho antes el refrán: «La ociosidad es madre de los vicios.»

Lo del dinero es más problemático.

Porque hay quien emplea la actividad en pedir un destino de cuatro mil reales y... ¡ni eso, morena!

—Papá, ¿vamos este año también á Francia?
—No hijo, porque no va á estar eso de moda.
—Pues lo siento mucho.

—¿Por qué?
—Porque yo quisiera que pasáramos por Irún para que me compraras una bolea.

—¿Y qué es eso?
—No sé; pero todos los días hablan los periódicos de las célebres boleas de Irún, y yo he pensado si sería algo así como las tortillas de Reinos...

En el número anterior publicamos la caricatura del pintor D. Manuel Alcázar.

Por una lamentable serie de equivocaciones resultó que en la primera plana no apareció más que el apellido, cosa que podía pasar, y en el sumario le llamamos José, lo cual ya no puede pasar en ninguna parte.

Porque, como llevo dicho, no se llama José, sino Manuel.

Y confesamos con rubor y con pena que no forma parte de la redacción ningún obispo que pueda cambiar el nombre á nadie en el acto de la confirmación.

—
¿Dónde estará Gutiérrez,
mi buen amigo?
¿Estará en Barcelona
ó estará en Vigo?
¡Es necesario
que venga aquí, á las fiestas
del Centenario!

Libros:

Los novillos se titula la última obra del distinguido redactor de *El País* D. Pascual Millán. Conocido es el autor de *Corazón y brazo* como correcto estilista y narrador ameno... Calcúlese, pues, el atractivo que tendrá un libro con tales dotes escrito, y repleto de datos curiosísimos y anécdotas interesantes. No sólo lo leerán con gusto los aficionados á la fiesta nacional, sino los devotos de la amena literatura y de los estudios de costumbres. La cubierta es un precioso dibujo de Ferrant. Y cuesta el tomo 4 pesetas solamente.

Las campanadas, zarzuela cómica en un acto y en prosa, original de don Carlos Arniches y D. Gonzalo Cantó, música del maestro Chapí, estrenada con grandísimo éxito en el Teatro de Apolo, donde sigue representándose.

Notas de una lira, colección de sonetos notables del distinguido poeta D. Rafael Abellan, con un soneto-prólogo de D. Manuel del Palacio.

Carlos Tomassi, novela original de D. F. Palau Ballester, que revela en ella excelentes condiciones para cultivar tan difícil arte. Están bien estudiados los caracteres, el asunto es interesante y el estilo atildado y correcto. Precio, 4 pesetas.

Los políticos de Valencia y su provincia, por D. Donato González Andrés. Cuaderno 26.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

K. rra Q. K.—Empezaremos por el final; ¡alguna vez había de ser!

«Sin que de mi dicha en pos
logre mi deseo alcanzar
María, la vida es amar,
no me olvides, no, por Dios.»

También es casualidad, el verso que no le sale á usted largo le sale con un ripio como una casa.

Sr. D. P. M.—Valencia.—No hay de qué darlas.

Sr. D. M. S.—No hay que desanimarse, pero... no hay que precipitarse tampoco. Porque en el término medio está la virtud.

El Bota.—«En la tumba de mi madre
las lágrimas no pueden crecer...»

Pero las sílabas sí, por lo que se ve. O multiplicarse por lo menos.

Cosme.—Me gusta la primera

y... mande usted la firma cuando quiera.

Un paisano del cantor de Elisa.—Y ya se le conoce.

El que asó la manteca.—¡Ay! ¡Qué medianamente versifica usted, compañero!

Sr. D. J. R.—Los dos versos que cita tienen igual número de sílabas y por eso suenan lo mismo. Si no no sonarían. La composición es bastante mediana.

Sr. D. C. G. B.—¿Cómo estará eso, Dios mío, que no se sabe si es verso ó prosa!

Sr. D. A. P. F.—Pase que al empezar no se le ocurran á uno más asuntos que los de rúbrica, pero no pueden pasar por octosílabos los versos que no tengan ocho sílabas precisamente.

Bardo zalasejo.—Confíese usted que no se le ha ocurrido de buenas á primeras la idea del epigramita. Porque la habían tenido nuestros padres antes de que nosotros nacióramos.

Berna. B.—Así dibujan todos los chicos de seis años en las paredes de la escuela... y en otras paredes.

Hos-ler.—¡Jesús! Esa le ha salido á usted desastrosamente. Es una vulgaridad escrita con descuido.

Fray Caracol.—Si he de decir verdad, no recuerdo su carta. ¡Llegan tantas! Más de las que yo quisiera.

Sr. D. L. G. A.—Palencia.—Agradezco á usted en el alma su invitación, pero eso del viaje ha sido una broma de la prensa.

Lupercio.—La forma es buena. El asunto es lo que está un poquito gastado y fuera de lugar completamente. ¡Porque se ha dicho tantas veces eso mismo!

P. P. Sañiva.—¡No gaste usted su apellido como gasta usted la tinta en escribir esos chistes, que resultan tonterías!

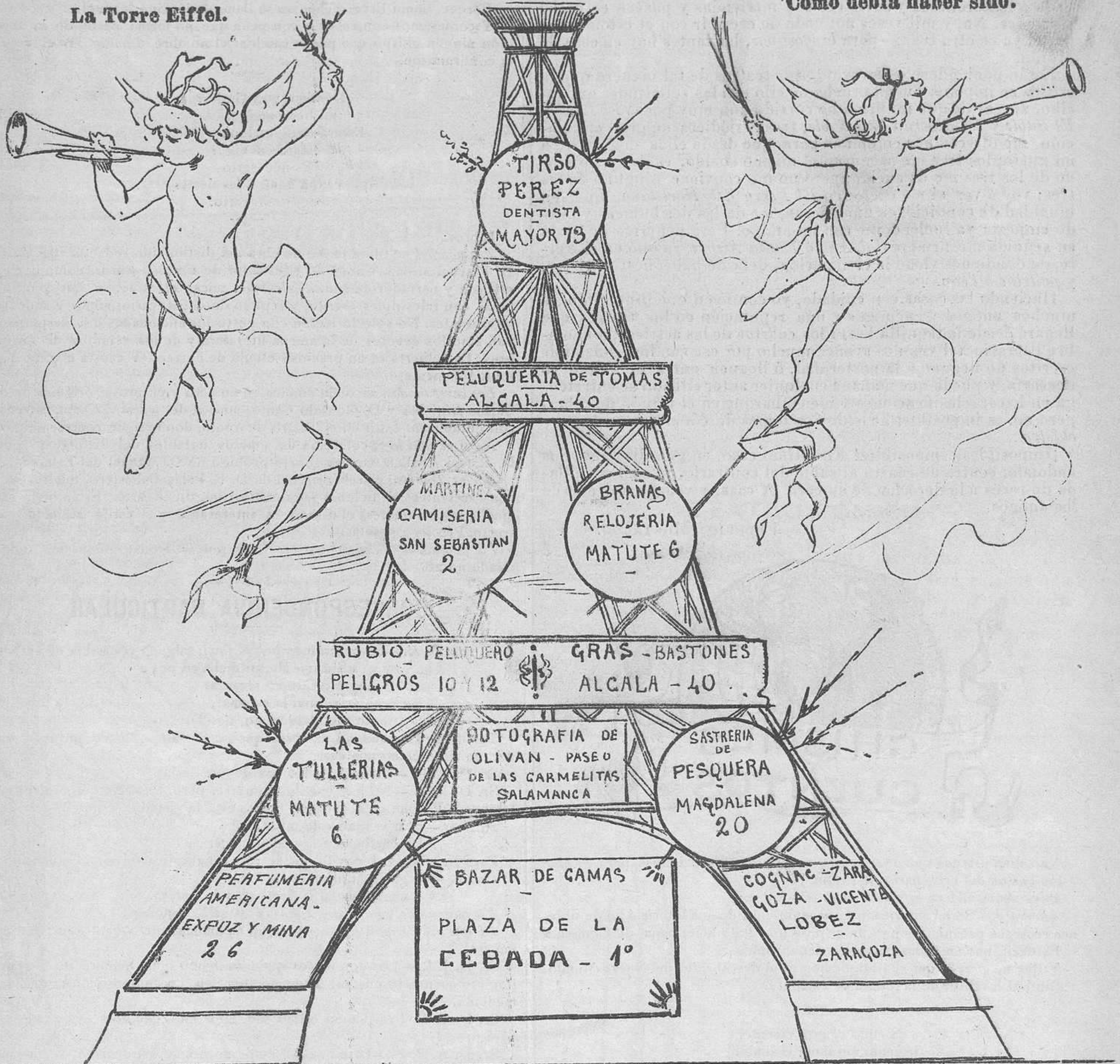
Piltrafilla.—No encuentro ninguna publicable.

Sr. D. Z. P.—La composición es mala. El cambio que propone no es aceptable por una razón muy sencilla: si todos hicieran lo mismo todos los años, estaríamos sirviendo gratis el periódico hasta el fin del mundo. Usted no se ha fijado en ese detalle.

ANUNCIOS

La Torre Eiffel.

Como debía haber sido.



CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPANIA COLONIAL
—
TAPIOCA, TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO
PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO
PRECIOS DE SUSCRICIÓN
Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.
En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.
Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.
PRECIOS DE VENTA
Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha
Teléfono núm. 2.160.
DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ A CUATRO